

Biblia y liberación de los pueblos

La Biblia tiene que ver con la liberación de los pueblos. Dios no es el flemático relojero que puso en marcha todo esto y lo ve desde fuera, distante. Dios quiere liberar al hombre de toda esclavitud. La Biblia cuenta esa historia a través de la cual Dios realiza su designio. Es una historia tan vasta como la de la humanidad. Y la historia llega a plenitud en Jesús: Dios es uno de los hombres, Dios es parte de la humanidad, se ha ligado a su suerte para siempre. Por eso tenemos esperanza en que esta historia tendrá salida. O dicho de otro modo: un hombre ha vivido su vida en una fidelidad total a Dios y a sus hermanos los hombres hasta dar su vida por ellos. Dios lo ha exaltado, lo ha acogido absolutamente, como a su Hijo. El ha sido plenamente salvado como primogénito de los humanos. Por eso nosotros vivimos la historia con la esperanza en la salvación.

La Biblia cuenta las relaciones de Dios con los hombres hasta la relación definitiva en Jesús. Cuenta la historia de los hombres a la luz de este designio de Dios de que la humanidad no se perdiera sino que llegara a su plenitud, que es participar humanamente en la comunidad de Dios.

Jesús no congela la historia en un instante definitivo. Si ésta hubiera sido la actuación de Jesús, entonces no nos hubiera salvado sino que nos hubiera anulado. Como dice simbólicamente, él se va porque eso nos conviene, porque si no no podemos ser cristianos, hombres que vivimos nuestra historia según su Espíritu, convertido ya en nuestro. Por eso en la estampa imaginativa que presenta San Lucas la figura de Jesús desaparece definitivamente tras la nube para que los discípulos continúen ellos mismos por su propia cuenta la historia de Jesús, es decir para que vivan con el Espíritu de Jesús la común aventura humana.

Y viviendo esta aventura humana la historia sigue su curso hasta nosotros, que hemos recibido este mismo Espíritu de Jesús, esta tradición bíblica transmitida en la Iglesia.

Nosotros tenemos que vivir nuestro momento histórico, en él se juega nuestra salvación, nuestra lealtad a Dios. Sólo cumpliendo nuestro momento histórico, realizando nuestra hora tenemos acceso a Dios. Y para vivir nuestra situación con el Espíritu de Jesús, ante todo tenemos que examinar los signos de los tiempos. Este esfuerzo lo compartimos con todos los hombres que en nuestro continente buscan un orden social basado en la justicia, lleno de dinamismo creador y expresión de una fraternidad real.

En este penoso esfuerzo por vivir esta hora humanamente los cristianos no tenemos ninguna fuente particular y suplementaria de conocimientos ni normas. La Biblia no es una ley. La Biblia no es un conjunto de recetas que señalan lo que se ha de hacer hoy y aquí. La Biblia no es un agarradero que nos dispense del dolor de parir la historia. La Biblia no es un libro suprahistórico, un objeto extraterrestre caído directamente del dios del cielo. La Biblia cuenta las relaciones de Dios con los hombres, la historia de los hombres a la luz de Dios. Es el testimonio de una única historia que tiene por autores a Dios y a los hombres. Una historia que llega a su completa unidad en Jesús. Una historia plasmada por todo un pueblo de hombres y transmitida históricamente hasta nosotros.

La Biblia, pues, no es algo en sí, un objeto, un ídolo. La Biblia, si no la lee nadie, es sólo papel y tinta. La Biblia sólo es palabra de Dios cuando se lee como palabra de Dios, y la lectura por excelencia es la proclamación. La Biblia ante todo es palabra de Dios cuando la proclama el pueblo de Dios como buena nueva, como anuncio salvador para los hombres.

La Biblia es la huella viva de unos momentos decisivos de la historia en los que se ha revelado el rostro de Dios y el destino del hombre. Y se han revelado no como saliendo a la luz algo que ya siempre existió sino haciéndose. La Palabra se hace carne. Jesús pasa haciendo el bien. Jesús viene a servir. Jesús muere condenado. Dios no abandona a Jesús. Jesús resucita y nos entrega su Espíritu. Nosotros tenemos que caminar haciendo la verdad.

Así pues la Biblia no es un fetiche. No tiene consistencia en sí. Es el testimonio vivo de una historia, que da testimonio cuando se camina en esta historia.

Hoy un grupo de cristianos —junto con otros hombres— atisbando por dónde va la historia hemos visto a nuestra América "llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva." (Medellín, intr. a las conclusiones). Esta situación la hemos calificado desde nuestra fe "como un evidente signo del Espíritu que conduce la historia de los hombres y de los pueblos hacia su vocación." (id.) Y por eso hemos concluido que nuestra salvación, que nuestra fidelidad a Dios pasan por el compromiso con esa liberación total.

Y al intentar llevarla a cabo hemos comprendido dos cosas: La una, que nosotros no podemos ser meros agentes de liberación, que eso también va con nosotros, que nos exige liberarnos, una conversión. Pero esa conversión no está en nuestras manos: nosotros tenemos que ser liberados. Nuestra liberación es la misma liberación del pueblo. La segunda cosa es que en este proceso de liberación de toda servidumbre, hay una servidumbre que entraba enormemente otros procesos de liberación y es la servidumbre política. No se trata de que sea la única ni que identifiquemos la liberación de Cristo con la liberación política ni que pensemos que el socialismo sea ya el reino de Dios. Ni de lejos. Nada más ajeno a nuestro pensamiento. Sólo decimos que si se excluye la liberación política resulta hoy y aquí irreal hablar de liberación integral de los pueblos.

Esto lo vemos como el modo concreto de vivir nuestro momento histórico según el Espíritu de Jesús. ¿Cómo lo relacionamos con la Biblia?

Primero negativamente: la Biblia no es la causa de esta decisión nuestra. De la lectura de la Biblia no deducimos nuestro compromiso concreto. Nuestras decisiones concretas —rechazar nuestro sistema político-social y dedicarnos a propiciar la construcción de otro; tomar como tarea prioritaria el estimular al pueblo para que se cree sus propias organizaciones de base; apostar por el socialismo; interesarnos por el catolicismo popular... —no están tal cual en la Biblia, no las deducimos directa, simple, inmediatamente de la lectura del Evangelio. El Evangelio ni nos prescribe el uso de la violencia ni nos lo prohíbe. Si creemos que hoy no tiene sentido la violencia es por un análisis de la situación, no por un análisis de los Evangelios. No tiene sentido preguntarnos qué hizo Jesús en su tiempo para copiarlo hoy. Esa fidelidad a la letra no es fidelidad cristiana. La letra mata, el Espíritu es el que da vida.

Segundo, positivamente. Se trata de una correspondencia. Se trata de que a quien está comprometido en este proceso de liberación la Biblia se le abre. La Biblia le dice mucho. Le ayuda a comprenderse, le conforta y le exige. El Espíritu llama al Espíritu. Se corresponde.

Se trata, claro está, de una correspondencia inadecuada; y la lectura de la Biblia ayuda precisamente a desacralizar la posición tomada, la vuelve discutible, la reintroduce a la ambigüedad de la historia, esa ambigüedad que acompañó incluso a Jesús, como nos acompaña a todos los hombres. Jesús realizó obras y palabras que eran signos, señales de que venía de Dios. Signos, señales, no pruebas absolutamente irrefutables. Por eso ante él la gente se situó de modo diverso. No sólo no lo reconocieron los malos, tampoco mucha gente piadosa supo reconocerle. Y Jesús rechazó la tentación de soluciones mágicas, espectaculares, claras y distintas, soluciones extrahistóricas. Jesús vino a salvar a la historia, no vino a salvarnos de la historia. Hoy también su Espíritu se manifiesta mediante signos, "los signos de los tiempos", signos que muchos no ven y que otros interpretan diversamente. También la Biblia es un signo. Para unos no remitea nada, permanece cerrado. Otros, que se esfuerzan por entender los signos de los tiempos y obrar en consecuencia, descubren con inmensa alegría la correspondencia entre la Biblia y ese camino histórico de la liberación de toda servidumbre.

Al caminar en esa misma historia de liberación cuyo eje es Jesús, cada paso nuevo capacita para descubrir nuevas facetas de ese acontecimiento de Jesús que relata la Biblia. Y al caminar en el seno de una gran tradición uno saca de ese tesoro cosas nuevas y viejas.

Biblia y liberación de los pueblos. Parece claro que son dos conceptos que se remiten mutuamente. Y sin embargo es un enunciado que parece desafiante. ¿Dónde estaría el problema?

Se trataría a nuestro entender de que esta liberación pone en peligro el status actual. Por eso quienes detentan el poder —económico, político, cultural y religioso— se resisten. Por eso luchan por excluir del concepto cristiano de liberación de toda servidumbre la dimensión política. Y hablan de liberación interior, de liberación espiritual, de liberación del alma. Otros, más astutos, hablan de la dimensión política del evangelio, pero creen que debe darse dentro de los cauces establecidos por el sistema; y después de haberse pasado veinte siglos admitiendo sin problemas la guerra justa nos vienen a hablar de que del Evangelio se deduce la no violencia; otros ven claro que se deduce una tercera vía.

Nosotros creemos que no se deduce nada: ni capitalismo ni socialismo ni tercera vía. Pensamos que nuestras opciones no se deducen en línea recta del evangelio ni deben justificarse con él. Eso sería negar la historia, sería en el fondo negar el Espíritu de Jesús que actúa en la historia.

Pero también hemos comprobado que muchos hombres, que movidos por el Espíritu se han comprometido con la liberación de los oprimidos sin cortapisas previas, leen la Biblia en común y la Biblia se les abre, los conforta y los orienta más allá de toda letra. No se justifican con la Biblia. Se someten al juicio de la historia. Y la Biblia los cuestiona más bien. Pero descubren en ella el mismo Espíritu que también los cuestiona en los acontecimientos, en los hermanos oprimidos, en lo profundo de sus propios corazones. Y se alegran de reconocer al Señor.

La Biblia había sido secuestrada por los eclesiásticos. Ellos la poseían, ellos seleccionaban lo que les parecía bien y ellos lo comentaban. Ahora empieza a romperse este monopolio. Y no pocos claman al cielo por los peligros. Han pasado generaciones enteras en que se ha utilizado a la Biblia para mantener al pueblo en la servidumbre en contra de la voluntad de Dios. Y es precisamente ahora cuando se acuerdan de los peligros.

Y no vamos a negar que no hay peligros ni que no hemos caído en ellos. Pero el mayor peligro es el de pretender castrar la Biblia, ponerla bajo el celemín, enterrar el tesoro, apagar al Espíritu. Y esto sucede si se la entiende como un código, propiedad de una casta y administrado por ella. Eso no quiere decir que la jerarquía eclesiástica no tenga ninguna función respecto de la Biblia, quiere decir que no tiene la función de apropiarse de ella y de dominarla, aunque sea con toda la buena voluntad.

Creemos que la Biblia vuelve a ser hoy Buena Nueva para estos grupos de hombres que han apostado por la liberación de los oprimidos y que de un modo u otro sufren persecución por causa de la justicia.